

Joaquín Rodríguez del Paso

Hojas verdes

Artista, Costa Rica

joaquinrdelpaso@yahoo.com

El día de la vela de Virginia Pérez-Ratton, la primera canción del *soundtrack* que habían escogido ella o su familia, fue “California Dreaming”. La misma inicia con la frase “All the leaves are brown and the sky is gray ...”

Para el arte y los artistas de Centroamérica las hojas fueron más verdes y el cielo más azul, a partir del momento en que Vicky (como la llamábamos los que fuimos cercanos a ella) decidió dedicar todos sus desvelos a transformar, unir y visibilizar este territorio, inexistente hasta ese entonces para el mundo del arte internacional.

Robert Motherwell solía decir: “aquello que es importante cede ante lo que es urgente”. En un texto que escribiera Paulo Herkenhoff sobre Virginia, él comenta acerca de la decisión de Pérez-Ratton de abandonar o interrumpir su carrera como artista, una carrera que empezaba a marchar bien, en aras de dedicarle su mayor esfuerzo a lo que ella consideró urgente: la unión de Centroamérica y su visibilización.

Este gesto ya retrata muy bien quién era Virginia Pérez-Ratton: una persona generosa, desprendida y dispuesta a sacrificar prácticamente todo por una visión que tuvo. La visión o epifanía diría yo, se dió al día siguiente de la inauguración de Ante América, el celeberrimo show curado por Gerardo Mosquera. Virginia, a la sazón directora del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo (MADC), le preguntó a Mosquera del por qué de la ausencia absoluta de artistas de Centroamérica en una muestra de arte latinoamericano. La respuesta de Mosquera, aunque

más concreta que una roca de una tonelada, se ha empezado a convertir en una leyenda urbana: “por que no conozco ninguno”.

Imagino que esta historia formará parte de varios de los textos que aparecerán en esta edición de *Istmo*. Para quien escribe estas líneas, presente en aquel instante, quedó claro que la respuesta del cubano, más que una aclaración había significado un desafío: un guante lanzado al paso de la Pérez-Ratton. Pocas personas he conocido en mi vida con la vocación de lucha de Virginia. Y no sólo porque era imposible por su naturaleza que se diera por vencida; para Vicky, una vez que había decidido sacar adelante un proyecto, no había reto lo suficientemente grande que ella considerara insalvable. Y ahora se encontraba con uno inmenso: si Mosquera, al fin y al cabo cubano y “vecino” no tenía la más mínima idea del arte y los artistas centroamericanos, ¿cómo podíamos esperar que críticos y expertos en Estados Unidos o Europa nos conocieran del todo? ¿Qué se iba a necesitar para que nos volvieran a ver, nos conocieran o nos tomaran en serio?

Desde mi doble perspectiva de amigo e interlocutor de Vicky, siento que este desafío la había estado esperando toda su vida. Por supuesto que ella no sabía qué forma adoptaría o cuál sería el reto exactamente. Ya anteriormente se había involucrado en una causa humanista: trabajó por años con el ACNUR (Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados) e imagino que la experiencia constituyó todo un entrenamiento, una escuela acerca de lo que es la gestión, el día a día y la “forma” de una organización que se interesa por los derechos y el bienestar de los más desamparados.

En el concierto del arte internacional los centroamericanos estábamos, en el ya lejano 1992, entre los más desvalidos. Nos representaban en citas como las Bienales de Venecia o São Paulo, “artistas” que tenían parentesco con la oficialidad diplomática de Italia o Brasil. Recientemente, el mismo Herkenhoff narraba cómo en una ocasión, intrigado por la pésima calidad de la obra que se presentaba en una de las Bienales de São Paulo, había decidido conocer al artista y preguntarle cómo había sido seleccionado. Su respuesta fue la respuesta de casi todos los que aparecían en estas bienales: soy pariente del embajador de mi país. Viajera empedernida, Virginia

miraba con una mezcla de tristeza, horror y rabia, estas “representaciones”. No es posible, me comentaría a mi muchas ocasiones, que habiendo ya artistas que han empezado a formular obra con carácter crítico en Centroamérica, sigamos mandando a estas citas gente que figura ahí por un parentesco sanguíneo o político y no por su talento.

En 16 años, primero como directora del MADC, y más adelante como fundadora y directora de Teorética, Vicky, cual capitán de un navío, le dio un golpe de timón de 180 grados a la maltrecha nave del arte contemporáneo centromericano. La re-construyó reforzándola con alianzas estratégicas, e incorporó nuevos marineros(as) de otros territorios marginales (el Caribe). Esta nueva embarcación llegaría a puertos impensables tan sólo unos años atrás. Autoestima y profesionalismo fueron algunos de estos destinos.

No faltaron piratas saboteadores desde todas las trincheras por supuesto: localmente, artistas que se sintieron excluidos del proyecto calificaron a Teorética de “club privado”. Autoridades estatales que no toleraban la independencia y el espíritu guerrero de Vicky, trataron de ignorar sus eventos. Pero una generación de semillitas nuevas germinaron del suelo fértil que ella había estado abonando, a fuerza de traer pensadores, maestros internacionales y artistas de calibre mundial a impartir charlas, conferencias y talleres. Pude ver, con gran alegría, cómo muchos jóvenes artistas prácticamente hicieron estudios de post-grado en Teorética.

La calidad del arte en Costa Rica subió muy rápido tras el paso de Virginia por el MADC y la fundación de Teorética. Este fue un logro poco publicitado siento yo, comparado con el notable aumento de la visibilización. Por primera vez fueron invitados artistas desde la mismas bienales, siendo el caso de la Bienal de Venecia del 2001 el más impresionante: su curador, el legendario Harald Szeemann propuso a Pérez-Ratton como jurado, y él personalmente viajó a Centroamerica. Aquí escogió a varios jóvenes que resultaron merecedores de premios, Federico Herrero de Costa Rica y Aníbal López de Guatemala.



Joaquín Rodríguez del Paso, Pineapple split, oil on canvas, 50x100 cm © Joaquín Rodríguez del Paso y Teorética

El otro logro, un tanto opacado por el éxito de la 49a Bienal de Venecia, y que también fue propiciado por Virginia, fue la unión y los vínculos que se generaron entre los artistas centroamericanos. Históricamente, Costa Rica ha decidido diferenciarse de los demás países centroamericanos. De una manera inexplicable y absurda, se ha definido a sí misma como un país-accidente: un territorio que, cual balsa a la deriva, encallara en esta parte del mundo pero cuyo verdadero origen sería ... ¡Suiza!

Virginia deconstruyó ese mito desde la plataforma de Teorética. Su accionar no sólo tuvo que ver con la promoción de artistas y eventos de las artes visuales: apoyó el proyecto de Papaya Music, un sello discográfico que transita por el mismo boulevard que propone Teorética: un ir hacia el mundo, y también, un traer el mundo hacia nosotros. Igualmente apoyó las publicaciones de editoriales independientes como la editorial Perro Azul, por ejemplo.

Y si empecé esta nota con una canción de The Mamas and the Papas, quisiera terminarla con una de Silvio Rodríguez, Sueño con serpientes. O más exactamente, con la cita que hace Silvio de Bertold Brecht:

Hay gente que lucha un día y es muy buena.

Hay otros que luchan un año y son mejores.

Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.

Pero hay los que luchan toda la vida:

Esos son los imprescindibles.



Joaquín Rodríguez del Paso y Virginia Pérez-Ratton © Joaquín Rodríguez del Paso